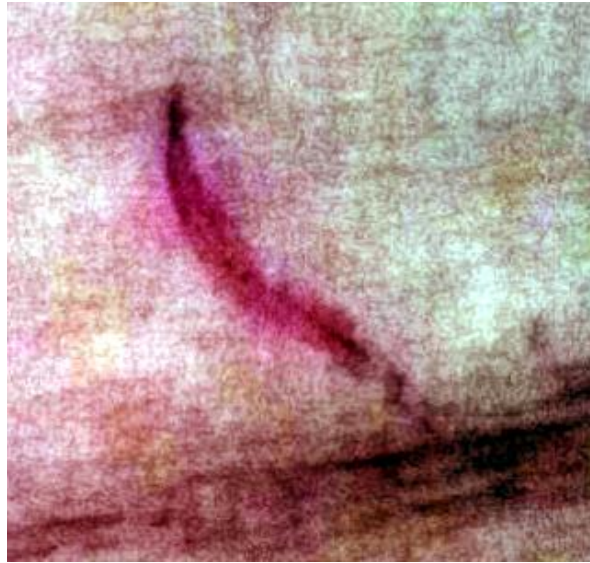


MR. BURÖN

de Federico James Tarántola



Capítulo I

El Señor Metódico despierta a las 8am, todos los días. O por lo menos desde el día que amaneció con la pequeña cicatriz en la frente.

Recuerda apenas su nombre, pero prefiere olvidarlo, porque supone que eso le traería problemas. Y son problemas lo que él no quiere tener.

Toma un té a medias en un inmenso salón vacío. Su neo-televisor es un estante de madera blanco, incompleto, vacío, y con algunos adornos que huelen a otra gente. Completa su despertar con un cigarro en el angosto balcón, y con sus ojos (o lo que queda de su vista gastada) panea del empedrado a los techos y cielo, y del cielo a techos y empedrado de la acera.

Se queda allí estático y rodea toda la esquina de la casa, hasta sentarse un rato en una maceta vacía y volteada que le sirve de sillita, y donde desde esa postura espera y mira cuando se asoma el gatito negro de enfrente. Apenas eso es lo que lo hace sonreír, porque luego de apagar el cigarro y que el gatillo se despida con un "miau", la mueca del Señor Metódico vuelve a punto cero, punto nada.

A eso de las 9am prepara su ropa del día sobre la cama de su habitación, y prolijamente doblada y limpita, predice que es lo que usará en el resto del día.

Sobre las 10 toma una ducha. Se cambia de camiseta y pantalón. Apenas tiene 5 juegos de cada cosa, incluyendo chándales, camisas, soquetes y calzones. Los combina

siempre como puede como para no repetirse, pero seguramente hay un día en que se viste igual a algún otro.

A las 11, tras probarse los 5 cambios de ropa, sale a la calle.

Los días pares lo hace a pie, y los impares en bicicleta. Aunque hay veces que confunde los días, y hace como le sale o puede.

Camina o pedalea mucho. Gira en la ciudad de punta a punta, en círculo.

Sólo se detiene a mirar ventanas y balcones, o se frena por algún gato en un umbral, o queda captado por alguna vidriera donde vendan muñequitos. En realidad, esto último lo hace para reflejarse en el vidrio y mirarse un poco, ya que en su casa no hay espejos, salvo el reflejo del agua del váter.

Cuando el sol se posa sobre las 13, llega hasta un parque angosto, de tierra de albero y arbustos, y toma asiento por una hora en un banco de metal fundido. Allí se queda contemplando la muralla medieval, y cuenta pocitos/poros de siglos de historia, gobiernos y lluvias. Cree recordar algo pero no se atreve ni a pensarlo. Porque recordar lo emociona, y emocionarse le frunce el ceño, y le hace doler la cicatriz de la frente.

Lleva encima una pequeña libretita sin tapa, que al parecer arrancó hace un tiempo, como para mucho menos saber de donde viene y a dónde iba. En los renglones vacíos de páginas arrancadas por alguien, anota palabras sueltas que también le recuerdan cosas que olvidó.

Sobre las 14hs. se pone de pie, arranca esas nuevas páginas, y al salir del parque las tira en el cubo de basura correctamente colocado a la salida.

Sin embargo, el Señor Metódico no sabe por qué lo hace, y de vez en cuando se guarda algunos de esos papelillos para que, en alguna ocasión en secreto, y con luz de luna, pueda unir esas palabras con hilos, rayas y flechas, casi como diseñando un extraño mapa, que luego oculta detrás del mueble de sus 5 cambios de ropa.

Vuelve a casa acercándose las 15hs.

Se siente conforme, que ha disfrutado de ver perros que pasean, y la golosa tentación de haberles podido acariciar el pelaje. Supone que sabe hablar con los animales, pero eso también es algo que prefiere obviar. Porque hablar con las mascotas podría traerle otros problemas inesperados.

En el camino de vuelta imagina nombres de cada uno de esos perros, o de esos gatos, o mismo, de todas las aves que vió. Pero también se los olvida al llegar. Sabe o cree recordar que en algún otro momento tuvo un panal de abejas melosas sabor a vino, a las que a cada una le había puesto un nombre, un nombre que sin embargo ya no importan, porque las abejas ya no están.

Parece que el Señor Metódico sufre o le pasa algo. Lo dice a sus oídos y pensamientos, pero como no tiene rollo ni broncas, al rato, con su imaginación de niño de 5 años, divaga, se difuma, se pierde, y olvida todo cuando le llegan las ganas de almorzar.

Sobre las 15:30 se para frente a la vitrocerámica y trata de encontrar la llave de gas. Pregunta "Una pregunta..." y el eco dice "Pregunta". Saca ollas y sartenes, echa aceite y prepara platos, pero recuerda (o siente) que ya no sabe cocinar. Sólo se come afuera, o ni se come.

Finalmente almuerza algo frío que saca de la heladera. Le cae duro como una piedra, pero el Señor Metódico sabe tomar la proteína entre el hielo, y hacer de un pedacito volverlo su mínima musculación.

De postre, se fuma un cigarro en el balcón, y si asoma alguien, con una sonrisa, los saluda amablemente. Porque al Señor Metódico le gusta dar los buenos días, tardes y

noches. Eso lo hace sentir unido a esa gente que ni conoce. Y se queda con sus caras hasta mañana.

Con la tarde le llega la ansiedad. Enciende pantallas y máquinas sonoras. Hace ruido bajo el techo vacío, pero tampoco lo comprende, porque no escucha. No quiere escuchar nunca más información desde que le duele ahí, en la frente. Sólo eso le sirve para enterarse que afuera, en el mundo, está explotando en pedazos, y explotará aún más. Por algo las vigas y pilares se le han venido encima, quien sabe cuando.

El Señor Metódico vuelve a poner todo en silencio sobre las 17 y aunque sea intenta dormir una hora de siesta, no puede. No puede. Algo hace Tic y Tac y Toc y Toing o algún ruido, y todo eso repercute en su cicatriz en su frente, y no comprende por qué.

Toma coraje y algo gruñendo por no poder descansar, se levanta de su tiosa siesta y pequeña cama y se mira ante la pared pinchuda de todo alrededor.

Se cambia de ropas, pero se pone las mismas. Se cepilla 3 veces los dientes, y antes de salir a la calle, murmura algo así como "Yavendrántiemposmejores".

Y vuelve a salir para las 18.

Vuelve a la rutina metódica de andar a bici o de a pie. Y en algún sentido se siente afortunado: la gente que merodea las calles está llena de problemas, de oscuridades, de fantasmas que los acechan. A él, sólo apenas le pasa estar completamente solo en el universo, y eso, en muchos sentidos, es cierta paz.

Gira por el mismo giro en un círculo de una ciudad redonda, pero inverso, y cuando alcanza el otro extremo, apenas se siente extasiado, pero completamente desaprovechado. Quizá a esta altura el Señor Metódico no tenga nada que contar, pero eso puede ser lo mejor en tiempos donde todos hablan de monstruos, violencia y pesadilla.

Es para este sector del día que se lleva encima una mochila, y dentro 2 carpetas con sus ideas, en un cuaderno blanco por llenar a mil.

Cerca de las 20 horas siente frío o se siente mal. Ahora está débil por no comer y de tanto fumar, pero insiste en rodar.

Se detiene frente a los balcones, calles empedradas, parques, perros y gatos ocasionales, y se pregunta si en alguna esquina, en el cambio del semáforo, "¿Qué hago acá?". Supone ver fantasmas, pero se dice a sí mismo "Nou!": nada sobrevive más que los fantasmas, esas ilusiones ópticas que tiene desde que le duele la frente desde alguna vez.

La pregunta, preguntas, lo agitan. Lo acorralan. Cae el sol y asoma la luna redonda o media y tiene miedo. No recuerda, pero sabe lo que es abrazar. Abrazo es alimento.

Bloquea todo como puede, o como le enseñaron a tener que bloquear y olvidar, y busca, busca de nuevo un refugio, y llega hasta la orilla, la silla, la mesa, la cena que pide porque no le queda otra más que comer, comer y beber para olvidar. Como no recuerda y no puede atenderse a sí mismo, el Señor Metódico vuelve al bar de la noche de ahí y de siempre desde el golpe, y sobre las 21 (o quizás) 22, se apronta a la mesa, la que va todos los días desde que despertó con el golpe en la frente, y donde persiste en no recordar.

El camarero de siempre (menos los lunes porque descansa) lo recibe con una copa de tinto miel y le dice "¿Qué va-já comer hoy?". Por lo que el Señor Metódico pide 1 de las 7 comidas, y mientras espera y masca pan y vino, cree ver a alguien pasar.

Acaba la primer copa esperando el plato, y bebe la segunda con la comida. La tercera copa será para el viaje.

Al Señor Metódico no le importa comer. Sólo come por vergüenza y rutina. No quiere que nadie le señale la sien en su calavera, ni menos que lo supongan como muerto. Porque muerto aún no está: Él está aún ahí.

Sobre las 23, mira su reloj. Metódicamente encarga la copa de salida, y se retira tras un trago profundo con palabras anotadas en su cuaderno o la palma de su mano.

Vuelve a su hogar y al llegar abre una puerta. Luego otra. Una 3ª y una 4ª. Y la Quinta es su habitación.

Oye algunos ruidos y los saluda, como si los ruidos saludaran. Pero en el silencio, rompe la noche cepillándose 3 veces los dientes. Cala el humo de unos últimos 5 cigarros y con una canción que cree recordar: el Señor Metódico comienza a mermar.

Aprovechando el agotamiento, coge una pastilla que le recomendó su Doctor. La traga con miga de pan y agua, y en ese momento piensa en toda el "Agua" que extraña.

Tras apagar el velador, se recuesta a intenta dormir.

Le lleva un rato dormirse: ni el hambre, caminatas, vinos y ocasionales llantos logran ponerlo a descansar.

El Señor Metódico sólo mira el techo, se pone de un costao u otro, y ahí, justo ahí, cuando recuerda quién era él, quién era ella, se estrella la cabeza sobre la pinchuda pared.

El golpe lo desmaya poco a poco en su pequeña cama rodeada de pequeñas almohadas como para no golpearse más, soñando o recordando.

Los ecos últimos que escucha, son risas en la calle, un perro o gato más allá, y textos poéticos que para esa hora ya no tienen más sentido que ponerlo de pie tan sólo para suicidarlo o encender otro cigarro.

Se desvanece con una lagrimilla en el ojo, a veces con una canción de fondo que no viene más que de su cabeza. Recuerda una cara, pero ese rostro está enmascarado, disfrazado, y sin olor.

Cuando le falla, le falta la memoria, lo primero que se olvida es el olor/color/calor. Tiene un perfume a mano que todas las noches revolea por la ventana y ya no le sirve de más.

Y se duerme soñando con un aroma, con líquidos y líquenes.

El Señor Burön se duerme soñando que sueña que alguna vez tuvo una vida, pero que ahora sólo no debe golpearse más, jamás, no debe confiarse más de la pared, y velar por su frente y su corazón, nunca más, y para siempre.

Hasta el otro día, donde el mundo explota y re-amanece.

Ya amanecerá.

Pero mientras tanto, es un mundo que para el Señor Burön, yanostá.

Capítulo II

El Señor Metódico despierta otra vez, aunque algo sobresaltado, sobre las 8am.

Ayer fue un día igual, aunque en algún sentido como siempre, lo ha olvidado. Pero lo interesante, lo inusual, es que algo le dice que hoy va a ser un día especial.

Desayuna algo apurado. No bebe ni medio té, ni fuma 1/4 del cigarro en el balcón.

Por un instante se queda parado en el salón, y con el sonido del silencio, se lleva la mano a la frente. Con las yemas de sus dedos busca hasta que encuentra la pequeña cicatriz. Su tacto detecta la pequeña curva, como si le hubiesen clavado una uña, o quizás abierto con un bisturí.

Como en su casa no hay espejos, ni siquiera en el baño, corre hasta allí y se refleja en el agua del váter.

Su rutina se rompe por completo.

No se interesa por la ropa, y toma cualquiera de los 5 cambios, se viste y sale. Ése es día impar y le toca con la bicicleta.

Y sale, a donde sea pedaleando con fuerza y cada vez más velocidad. Va apurado y con algo de miedo: el Señor Metódico se pregunta por primera vez desde que todo olvidó, qué fue de él y quién era él.

Recuerda aunque no su nombre, pero prefiere no indagar: Mr. Burön podría meterse en problemas antes de saber quién del todo es.

Esta vez no se detiene a mirar balcones, perros, gatos ni vidrieras. Solo pedalea con su pequeña bicicleta, tomando caminos al azar. Aunque supone que a algún lado llegará.

Cerca de las 12 hs. llega a un barrio que parece no recordar. Está algo alejado de su casa, y por ende cree que jamás por ahí pasó, pisó o vivió.

El Señor Metódico se aparta de la bici-senda y se frena en una esquina. Se baja de ella y ante el semáforo espera. Contempla los cambios de color: Rojo, Amarillo, Verde.

Cruza la calle y se planta en la acera de enfrente, con la bici en la mano.

A su alrededor, la gente va y viene de compras, de obligaciones cotidianas, de saludos y charlas. El Señor Metódico se convierte en una foto, una imagen estática con el corazón latiendo a mil.

Una mano desde el suelo le tironea del tobillo del pantalón: "Señor, ¿no quiere comprar un libro baratillo?"

El Señor Metódico se descongela y baja la mirada. Mira al hombre que le tironea desde el suelo, sentado, pero no le hace caso, porque sus ojos enseguida se posan en la manta donde descubre desplegados una serie de libros y algunas revistas.

Recuerda, entonces. Recuerda algo, de sus tapas, colores, textos, y todo lo que está en venta allí.

Suelta la bici, ésta cae al piso. Se agacha y toma el primer libro que puede alcanzar. El libro se titula "Poe", abre y en la primer página lee escrito con lápiz en una punta "Señor Burön".

"¿Dónde obtuvo esto?", le pregunta al mantero, y el hombre le señala hacia allí, a la esquina, doblando a la izquierda. Le dice que allí había un hombre en una casa, que un día dejó todos esos libros y revistas en la calle, y que luego, una ambulancia y con varias maletas, se fue.

El Señor Metódico no sabe qué hacer. Piensa en preguntarle al mantero, si él era ese hombre, pero como no sabe cómo desenvolverse, prefiere él por su cuenta comprender.

El Señor Metódico tiene todo un día por delante, tiene que seguir sus métodos y rutinas, pero algo insiste en su interior que ese "algo" debe resolver.

Abandona la bicicleta y vuelve a enfrentar el semáforo. Espera los cambios de luces y cruza a pie. Dobla la esquina hacia la izquierda y entra en una calle corta. Lee el nombre de la calle, y si bien no lo recuerda, algo le dice que aún, aunque por ahora prefiere que no.

Se adentra por la acera, pisando las baldosas porosas.

Esquiva un perro pequeño y a un hombre sentado en un macetón. El perro y el hombre lo miran, pero el Señor Metódico no hace casi. Sólo se dirige directo a observar un balcón.

Se para frente al edificio y contempla. El balcón está abandonado, tiene la persiana baja de la ventana y asoman unas macetas con platas secas. A un lado del balcón hay otra ventana pequeña, y siente un pequeño revoltijo, como si aquella fuera su antigua habitación.

Mira al portal y sobre él, lee el número 25. Y se pregunta "¿Éste, acaso, no fue mi Hogar?"

Luego, como animándose a buscar una respuesta más concreta, mira al buzón de la entrada. Está algo deteriorado y unas siglas borroneadas que son "MR. B".

Han pasado las horas y cae el sol.

El señor Metódico sigue allí de pie.

El perro y el hombre ya se han ido, y en solitario se queda contemplando ese, el que pudo haber sido según las pistas obvias y rastros de su mente, su hogar.

Se hace de noche y hace frío.

El Señor Metódico recuerda que debería ir al bar, comer, tomar la pastilla y dormir.

Sin embargo pasa la noche despierto y de pie a la intemperie, bajo el cielo negro y luna azul.

Y para cuando amanece dormido (o quizás desmayado), una ambulancia se lo pasa a llevar.

Capítulo III

El Señor Metódico despierta una vez más, y por última vez, en su cama a las 8am.

Al inclinarse hacia adelante y sentarse en la cama, le duele la frente, exactamente en el punto donde tiene la pequeña cicatriz curvática.

Se palpa con los dedos índice y mayos, y descubre que está seca, aunque renovada. Como si en la noche se hubiese golpeado con fuerza contra la pinchuda pared que lo rodea en su cama. Pero no recuerda, nunca recuerda cuando se va a dormir. Sólo sabe olvidar y al otro día despertar.

Pone los pies en el piso y los introduce en sus pantuflas, pensando en el té y el cigarro matinal. Pero un repentino mareo hace que su pequeña habitación gire a su alrededor, y el entorno pequeño le entre por un oído y le salga por el otro.

El Señor Metódico, que nunca recordaba el ayer y vivía inmerso en una rutina repetida y solitaria, sabe que de alguna manera ese día, la caer la noche, morirá.

Pero eso no le preocupa. Al contrario: siente la paz de saber que su largo camino circular, finalmente acabará con una revelación, el detalle que en silencio y atrapado en el metodismo, venía buscando (y esquivando) desde hace ya mucho tiempo.

Elige de los 5 cambios de ropas el mejor juego: la camisa violeta y el pantalón de jean azul.

Se saltea las reglas, se hace el té y se lo bebe al completo.

Se prepara el cigarro en el balcón, pero allí no se lo fuma, sino en el cuarto de baño mientras caga.

Sale a la calle sobre las 11, y se saltea darse la ducha. Ya bastante limpio se siente de infinitos baños y limpieza, donde hoy considera que su higiene es más bien por una metódica manía, que por higiene en sí.

Sí que repite la costumbre del paseo. Lo hace a pie porque es día par, aunque eso ya ni le importa. Solo que estaba vez camina lento, porque prefiere ver todo más despacio que nunca.

En el paseo cuenta 16 perros y 9 gatos. Sumando esos números le dá como resultado el 25. El veinticinco era una pista, de algo que alguna vez olvidó, un detalle que seguramente lo conduciría a esa revelación, y su propia muerte en sí.

Cuando el sol se posa sobre las 13, obviamente se dirige al parque angosto de albero y arbustos. Toma asiento en el banco de metal de fundición, y contempla la muralla medieval. Pero en vez de contar los poros/pocitos, hace un esfuerzo y mira más allá. Más allá la ve a ella: la ve pero no la ve, porque es un fantasma o sólo un recuerdo. E inmediatamente su frente y cicatriz comienza a dolerle mucho más. Por el agujero izquierdo de su nariz, gotea 3 gotitas de sangre que le manchan el pantalón.

Sobre las 14hs., saca su libretita sin tapa, y en vez de anotar algo, lee todas las palabras que en los días anteriores ha ido anotando. Tras memorizarlas, rompe la libretita en pedazos.

Sobre las 15 hs, el Señor Metódico llega a casa para almorzar. Se para delante de la vitrocerámica, saca ollas y sartenes como siempre, pero esta vez sí se pone a cocinar. Cocina arroz con huevos, y en vez de comerlos, lo lanza todo por el balcón.

Enciende un cigarro mientras contempla la gente que pasa y mira, y algún ocasional perro paseado por alguien.

Vuelve al salón, y contrario a su rutina pacífica, arranca los cables de la tevé en desuso. Los enrosca en su mano y se los lleva a su habitación.

En ese momento oye de la calle la sirena de una ambulancia. Cuando la ambulancia estaciona en la acera de enfrente, el Señor Metódico recuerda algo del frío de la noche a la intemperie del inusual ayer.

No tiene miedo ni pánico. Sólo perdona y entiende algo que en su sumergida rutina no quería ver: Él es una ecuación atrapada en un nodo que por siempre va a querer despertar.

Se tira un rato en la cama. Siquiera se quita la ropa ni se cambia ni se cepilla los dientes. El Señor Metódico sólo quiere un rato descansar. Descansar antes de morir.

Duerme la siesta una hora, y durante ella sueña: Sueña con calles de noche y él caminando por allí. Es un barrio extraño y todas las casas tienen las puertas abiertas, luces de colores dentro, y no más muebles que una pantalla y un aparato para cantar Karaoké. Visita varias casas y en la última al entrar, ve a un gatito color crema con los ojillos como un antifaz.

Entonces, lo despierta el sonido del goteo, la sirena y un teléfono: ya es hora de levantar.

Son las 20 hs, y en vez de sentirse mal o de tener frío, se siente mejor. Sabe en algún punto, que en ese, su último día, él tiene un plan.

Reacomoda todo su cuarto, lo pone prolijo, desenrolla los cables que dejó sobre la mesilla, y luego sale a la calle.

Cruza semáforos sin mirar. Sabe en algún punto que los coches no lo van a pisar.

Sobre las 21 hs., llega al bar de siempre, y mientras lo recibe el camarero con la copa de vino de siempre, ve a unos metros a la ambulancia estacionar.

Es Jueves, y su camarero favorito le pregunta qué va a querer comer. Mientras se lo piensa, el Señor Metódico le contempla los ojos saltones y la frente sudada, y como siempre, pide de cenar lo mismo y agradece amablemente la atención.

Mientras espera la comida se fuma un cigarro. La segunda copa la bebe con la comida, y la tercer copa la bebe con el último cigarro de liar.

Bebe apaciblemente, contemplando la calle, la gente, los coches, los perros y los gatos escondidos en las ventanas. Aunque no se noten, él siempre a los gatos los vé.

Se ríe en silencio de la ambulancia y contempla sus vidrios polarizados mientras sabe que dentro de la cabina se preguntan cuál será su plan.

El Señor Metódico paga la cuenta y el camarero amigo le regala una copa de más. Agradece mucho y también se la bebe, pensando en todo, pero por sobre todo, pensando en su plan.

Se despide como nunca. Toma al camarero por el hombro y lo abraza. Le dice "Tú fuiste mi único amigo en todo este loop." El camarero no comprende, pero se deja abrazas, y en sus adentro agradece el cariño ya que él también está solo, y tal como el Señor Metódico, tampoco puede (o quiere) recordar su historial.

Se retira a la casa, y abre 1, 2, 3, 4 y en la 5° puerta, echa sobre la cama su cuerpo.

El señor metódico contempla el techo blanco y lejano. Piensa en perros, gatos, poros, pocitos, albero, palabras, hilos y flechas, balcones, el 25, el frío, un buzón, ella y la ambulancia.

"La ambulancia" recuerda. Y se pone prontamente de pie, a pesar del dolor que eso le causa en su frente y en su pequeña cicatriz.

Asoma al balcón. Posa fotogénicamente mientras se arma un último cigarro. Lo fuma pacíficamente y mira a la ambulancia que otra vez, allí enfrente está.

El Señor Metódico se arma un cigarro, cala el humo y escupe al cielo despejado de una noche misteriosamente estrellada de otoño.

Recuerda su nombre en silencio, letra por letra y con todas las letras juntas. Y, reserva los últimos espacios de su mente, para recordarla a ella, antes que ella haya desaparecido en algún lugar.

Sabe, se dice, todo ese loop y vacío es por ella, la misma madre amor que le dió la vida, floreció con su arte, la naturaleza, y luego... luego todo eso se borró. Pero la naturaleza misma reside en nacer y morir.

Y el Señor Metódico, sienta / sabe que antes que alguien pueda, quizá ella o la gente ya convertida en un ente, lo atrapen en esa habitación, él puede enfrentar al círculo en el que está atrapado, saliéndose por la tangente obvia.

Terminando el cigarro se concentra en la gente que pasa por la calle. Nota que todos van peinados y vestidos igual, casi como disfrazadas. Y comprende que él está allí atrapado sólo por haber dicho alguna vez la verdad.

Luego, lanza la colilla a la calle, lo más cerca posible de la ambulancia, y retorna a su habitación. Se agacha y tras la mesilla de noche, toma un trozo de espejo escondido que siempre supo que estaba allí, pero también olvidó.

En el resplandor nocturno, refleja su cara en el cristal y cuando se mira a los ojos, él sabe que es el Señor Burön.

Rato después, vuelve al espejo esconder.

Afuera persiste la luna azul de anoche, pero ahora se adentran una nube a su alrededor, aguándola, volviéndola más azul.

...

Amanece otra vez en la ciudad.

El Señor Metódico no despierta sobre las 8am, y un enfermero se apronta en su portal. Toca timbre y nadie lo atiende. Toca timbre nuevamente y una vez más, hasta que al otro enfermero de un chistido lo hace la señal de llamar.

El enfermero que se ha quedado en la ambulancia llama a la policía. Y cuando la policía llega, rompen todo para entrar.

1, 2, 3, 4 y 5 puertas, hasta llegar a la pequeña morada, la angosta y pinchuda habitación del Señor Metódico.

Y no lo encuentran recostado en la cama.

El Señor Metódico flota sobre el suelo.

Tiene los cables enlazados del cuello al techo, y en la pared bien grande ha dejado escrito "Yo soy el Señor Burön. Yo sé quien soy."

FIN

MR. BURÖN

*de Fede James Tarántola (05/10/2020 * 19/10/2020)*